

NOCHEVI EJA EN MANSILLA DE LAS MULAS

La peregrina se sentó en uno de los bancos que se venían alternando con los arbolitos desde que por la mañana había salido de Sahagún. Habían crecido desde la primera vez que contó los pasos que los separaban aquel lejano agosto de 2002. Ahora, su caminar era más lento y cansino. Los años y la salud le habían pasado una factura muy alta. Pero su gastada mochila y su viejo bordón, seguían a su lado.

Reliegos no debía quedar muy lejos, aunque se mostraba inalcanzable; la mirada sólo ofrecía una llanura perpetua. Una llanura bañada por el frío y mortecino sol del solsticio de invierno.

Recordó, tal y como llevaba unos días haciendo, los motivos que le impulsaron a lanzarse a lo desconocido la primera vez. Esa mochila y ese polar prestado. Y sobre todo, esa frase tantas veces repetida desde entonces, "Yo me iba a Santiago... y me quedé en el Camino...".

Disfrutó comparando esos motivos con los que la habían llevado de nuevo al Camino en reiteradas ocasiones. Atrás quedaban los sinsabores de una vida poco habitual, una vida quizá digna de ser escrita pero dura, al fin y al cabo.

Con un poco de amargura, recordó un largo periodo en barbecho. En esa época, se había jactado autodefiniéndose como "peregrina en paro", aun cuando siempre seguiría sintiéndose aprendiz de peregrina.

No tan atrás, reciente aún, pero también siendo olvidado con rapidez, recordaba los largos días y eternas noches en vela en el hospital atiborrada de analgésicos.

Era difícil olvidarse de la lenta y dura recuperación con la inquietud de no saber si podría volver a caminar, caminar con mayúsculas. El traumatólogo había sido taxativo; "olvídate, olvídate de la mochila,

olvídate del Camino". Era como si le hubieran aconsejado que se olvidara de vivir, y eso, no lo había aceptado.

Tras quince días de Camino, le quedaba la alegría de saber que seguía viviendo, demasiadas ausencias en tan poco tiempo. Era una alegría mezclada con esa indescriptible sensación de libertad que produce a la larga el desapego de las irritantes rutinas diarias.

Le acompañaba un dolor punzante a la altura de la cuarta vértebra lumbar y ese pie derecho que, hiciera lo que hiciera, siempre estaba dormido, como ausente. Iba bien provista de analgésicos varios; no sería el dolor físico el que a punto de la cincuentena, pudiera frenarla.

Una mínima lámina de tristeza y de nostalgia lo envolvía todo.

Eran sus primeras Navidades fuera de casa y la añoranza dolía y apretaba el alma. Atrás quedaban las tradiciones, el "tió", los "galets" y las "neules". Como en otras ocasiones su familia no la había entendido. Pero le daba igual, conque la esperaran a la vuelta, ya tenía suficiente.

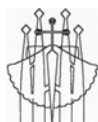
Cruzó Reliegos al atardecer, previa parada en el bar de la plaza para reponer fuerzas. Entre el frío y los medicamentos, se había vuelto adicta al té, aunque no perdonaba unas buenas "gotas" con más o menos frecuencia. Ya nadie jugaba al dominó en las desnudas mesas de mármol y en cuanto se fue, el dueño bajó la persiana metálica a modo de despedida.

Tras la legua de rigor llegó a Mansilla de las Mulas recordando con nostalgia las calles de ese pueblo donde entre lágrimas, había vivido momentos muy intensos unos años atrás.

En el albergue, la hospitalera seguía siendo la misma y la recibió con la misma hospitalidad, la misma sonrisa, y el mismo abrazo de siempre. El viejo olor a madera le susurraba que el tiempo se había detenido.

Mientras esperaba la cena comunitaria que ese día, se haría algo más tarde, conectó el móvil para hablar con su familia.

Encontró diecinueve SMS, casi todos con una frase más o menos simpática que terminaba deseándole "Feliz Año Nuevo". Contestó alguno rutinariamente. Hacía días



que permanecía en silencio, eran muy pocos los que sabían que ella estaba en el Camino, quería estar sola. Respetaron su decisión a regañadientes; en el fondo la comprendían demasiado bien.

El último mensaje era algo diferente. Le pareció un “dejà vu”, como si ya hubiera leído esa frase en algún otro momento, en alguna otra Nochevieja: **“El tiempo se lo lleva todo, sólo permanece lo que uno quiere”**.

Sonrió, con esa sonrisa que sólo pueden mostrar los que saben que están haciendo lo correcto. Con un poco de emoción convirtió las frases hechas en caras de gente que la querían y que se lo habían demostrado en reiteradas ocasiones. Entre lágrimas llamó a su amigo a quien ella llamaba cariñosamente “mi Sub-komandante” para darle las gracias.

Quedaron de acuerdo, se encontrarían en León al día siguiente. Al parecer, hacía días que él tenía el billete de avión comprado. Caminarían juntos y en la vigilia de Reyes, volverían a la Ciudad Condal para ver pasar la cabalgata de la ilusión junto a sus respectivas familias.

El peregrino juraba en arameo mientras sus gastadas botas se peleaban con esa calzada que algún burócrata, especialmente gracioso, había bautizado como “Vía Trajana: CALZADA DE LOS PEREGRINOS.

Había llegado a Sahagún la tarde anterior, siguiendo la premisa básica de que el factor sorpresa es esencial para un buen secuestro. Tenía el plan perfecto de esperar a la peregrina para desayunar en Puente Villarente.

Esa misma noche llegó a Calzadilla de los Hermanillos, tras cruzar un bosque de caducifolios que, a la hora del crepúsculo, parecían susurrarle un mágico destino. Creyó acertado haber ido por la variante, nunca más iría por Bercianos.

A primera hora de la tarde, ya no estaba tan seguro. Se había despertado tarde, con el vozarrón del hospitalero pidiendo “dos con leche y uno solo” en el

piso de abajo. Tras un buen desayuno y provisto de agua, salió.

Pero... el bosque devino páramo, y la senda, pedregal. Nada en el horizonte ni a los lados, sólo cantos rodados a sus pies. En el cruce hacia El Burgo de Ranero, su maltrecha rodilla izquierda exigía coger la carretera hasta la estación de trenes, desde donde podía llegar cómodamente a León en poco más de media traqueteante hora.

Mientras enfilaba hacia el ansiado tren, le llamó un amigo común. La peregrina ya estaba en Mansilla, y el síndrome de Nochevieja parecía hacer mella en ella.

Descargó su mochila, se sentó en el suelo, y encendió un cigarrillo contemplando la última puesta de sol del año. Mandó un mensaje a su amiga: **“El tiempo se lo lleva todo, sólo permanece lo que uno quiere”**.

Retrocedió sobre sus pasos y volvió de nuevo a las piedras llevando el ritmo con su bordón y cojeando ostensiblemente pues sus articulaciones se había enfriado en el breve receso.

Mientras entraba en Mansilla, cerca del Arco, recibió una llamada de la peregrina. Con voz apagada, para dar la impresión de lejanía, le felicitó el Año Nuevo de la manera más estereotipada posible, ella lloraba. Le salió al paso con la historia de un billete de avión; se encontrarían al día siguiente en León y caminarían juntos hasta Ponferrada.

El peregrino le pidió que saliera a pasear por la calle Mayor y le recomendó el bar en el que tenían “gotas” de las de verdad.

Apenas había guardado el móvil en el bolsillo cuando vio la silueta de la peregrina recortándose en las fachadas de los antiguos caserones y acercándose al Arco. Se sonrió con la satisfacción de una misión cumplida.

Y esa Nochevieja en el Camino, por fin, los recuerdos positivos superaron con creces cualquier atisbo de dolor que intentara sobrevivir al tiempo.

R & G

Y esa Nochevieja en el Camino, por fin, los recuerdos positivos superaron con creces cualquier atisbo de dolor que intentara sobrevivir al tiempo.

